

ló á reunirse con el rey, recorrió en su compañía las provincias donde tenia buenos y fieles amigos y en poco tiempo hizo crecer de tal manera la popularidad del rey, que pudo levantar un ejército muy numeroso y ponerse á su cabeza para combatir al duque de York que conservaba una posición amenazadora y hostil.

El duque de York, se vió con esta actividad de Margarita tan comprometido, que para evitar la desercion de sus tropas tuvo que circular en su campo el falso rumor de que Henrique VI habia muerto, y aun mandó celebrar con la mayor pompa y solemnidad una misa de difuntos por el alma del soberano; pero no habiendo sido bastante esto y encontrándose con pocas fuerzas, pues una parte de ellas desertó siempre y otra se acogió al indulto y se fugó para Irlanda. El hijo mayor y heredero de la casa de York, que era el conde de March, á quien dió la libertad y trató tan generosamente Henrique V, abandonó el castillo de Ludlow y se dirigió á Calais. La duquesa de York y sus dos hijos menores fueron hechos prisioneros y el castillo y pueblecillo de Ludlow saqueados.

El triunfo de la rosa encarnada fué pronto, decisivo y poco sangriento.

La solemne misa de difuntos que hemos dicho mandó celebrar el duque de York, fué lo que exaltó de una manera increíble á Henrique VI, habitualmente pacífico y tolerante.

El triunfo de la causa real, á pesar del nuevo juramento de fidelidad que otorgaron los pares y nobles, no duró mucho. El conde de Warwick levantó un ejército de cuarenta mil hombres; se puso al frente de él Eduardo, conde de March, y se dirigió á marchas dobles á Lóndres, donde lejos de hacerle resistencia le abrieron las puertas.

La reina, con la mayor actividad, reunió sus tropas y se estableció en Coventry, que era su población favorita. Eduardo naturalmente salió en busca de las fuerzas reales. La batalla se trabó en las inmediaciones de Northampton. El rey Henrique fué hecho prisionero y cosa de diez mil soldados quedaron tendidos en el campo, contándose entre los muertos al duque de Buckingham, Lord Beaumont, el hijo de Talbot, Lord Egremont, y otra multitud de gefes y de caballeros.

La suerte y la traicion de uno de los generales del rey, dieron en esta vez el triunfo á la rosa blanca.

Margarita que desde una altura vió toda la accion y presenció la muerte y la fuga de sus caudillos, partió precipitadamente con su hijo el príncipe de Gales, seguida solamente de unos cuantos servidores. En el camino fué reconocida y capturada por uno de los escuderos de Lord Stanley, que se propuso robarle todo su equipage y alhajas, y mientras registraban los cofres, Margarita se escapó y se dirigió al país de Gales, donde llegó

acompañada del duque de Somerset, que prófugo tambien buscaba un asilo.

En el Norte del país de Gales, proporcionó asilo á los fugitivos, un castellano de un valor que rayaba en ferocidad, y de la estatura y fuerzas de un gigante. Este castellano se llamaba Jeuan ap Einion, y tenia su residencia feudal en medio de un país escabroso y rodeado de precipicios y de rocas inaccesibles por todas partes.

Henrique VI fué conducido prisionero á Londres, y despues al castillo de Eltham, confiándose su custodia al afortunado y vencedor conde de March.

El duque de York, en el momento que supo el triunfo de la rosa blanca, se dirigió á Londres, donde entró seguido de quinientos caballeros vestidos de gala.

Inmediatamente se dirigió á la cámara de los Lords, saludó magestuosamente y se adelantó hasta el trono, poniendo un pié en la grada y una mano en el sillón.

El duque creía que los Lords lo aclamarían inmediatamente y aguardaba con impaciencia este momento para dar el paso y sentarse.

La cámara permaneció en el mas completo silencio, y el duque tuvo mil dificultades para salir de esa situacion embarazosa en que se habia colocado, retirándose en seguida con muestras de un grande enojo porque no lo habian hecho rey. Ya ve-

ríamos la corona que le tenia preparada Margarita.

Los esfuerzos de los partidarios de la triunfante rosa blanca se reducian á que Henrique abdicara la corona. Aunque desgraciado y prisionero conservaba su orgullo y sostenia su dignidad. Cuando le urgieron para que respondiese, dijo con firmeza:

“Mi abuelo fué rey, mi padre fué rey, y yo nací príncipe; heredè una corona que tengo en la cabeza, y así he de morir.”

Despues de muchas intrigas lograron que Henrique desheredando à su hijo, nombrase por sucesor al duque de York, y bajo la pena de incurrir en el delito de alta traicion, compeliase á la reina y al príncipe de Gales á presentarse en Londres.

Margarita cuando recibió estas órdenes se hallaba en el solitario castillo del gigante, sin recursos pecuniarios, sin armas, sin soldados y sin gefes, pues los unos habian muerto y los otros se hallaban fugitivos; pero su energía y su carácter se levantaron con mas fuerza que nunca, contra todos los obstáculos al parecer insuperables.

Seguida de unos cuantos servidores, tomó una barca y por mar se dirigió á Escocia á implorar el auxilio de la reina, que era su amiga y parienta.

La energía y la constancia en el infortunio, causaron la admiracion, é hicieron nacer inmediata-

mente las simpatías entre todos aquellos señores del Norte, rudos en su trato y en sus costumbres guerreras; pero muchos de ellos nobles y grandes en los sentimientos de su corazón.

No solo el rey de Escocia ausilió á Margarita, sino que habiendo tomado partido en la rosa encarnada todos los caballeros de Cumberland, Lancashire y Westmoreland, Margarita se halló capaz en muy pocos dias de acudir el llamamiento que se le hacia y de marchar á Lóndres no sola y aislada para ser una víctima, sino á la cabeza de un ejército para castigar á los que habian humillado á su marido y quitado á su hijo el trono.

Margarita tomó en persona el mando de las fuerzas, y con una actividad, que desconcertó enteramente á sus enemigos, se presentó en las garitas de la ciudad de York.

El duque, que aguardaba volver á ver la reina desarmada, humilde y tal vez prisionera, no habia hecho preparativos ningunos; así es que, lo que de pronto pudo hacer, fué reunir quinientos hombres y encerrarse con ellos en su fuerte castillo de Sandal para esperar la llegada de su hijo Eduardo con nuevos refuerzos.

Apénas llegó á conocimiento de Margarita todo esto, cuando movió sus tropas y se presentó delante de las murallas del castillo y envió durante varios dias al duque los retos mas insultantes.

El duque de York, que era hombre de lorulo

de valor y de grandes conocimientos militares, oía con el mayor desprecio los insultos de Margarita, á quien hasta cierto punto con razon, consideraba sin instruccion en las armas y aun sin el valor y constante energía que se necesita en la guerra; pero incómodo ya con tan repetidos recados, se decidió á salir del castillo y batir á la insolente muger que tanto lo provocaba.

Davy, que era uno de esos viejos y leales servidores que nacia y morian en los castillos feudales, amando y respetando á sus amos y que con un pincel tan maestro nos pinta Walter Scott, en el momento que supo la resolucion de su amo, corrió á echarse á sus piés.

—Señor, yo soy un pobre servidor de la familia y no debo mezclarme en los asuntos de la guerra y de la política; pero os ruego que no salgais del castillo.

El duque miró con una especie de ternura á su anciano criado, pero se sonrió de sus temores. —Os conjuro á que no salgais, repitió observando la poca impresion que habian hecho sus palabras en el duque; esa reina Margarita es una leona, y ántes de que arranquen la corona á su hijo es capaz de hacer destrozos. Mirad, señor, que se halla á la cabeza de quince mil hombres entusiasmados con su rostro hechicero y seductor, y todos se dejarán matar ántes de abandonarla.

—¡Ah! Davy, Davy, respondió el duque indig-

nado; ¿es posible que me ames tanto, que con tal que viva, pretendas que viva deshonrado? Recuerda, mi viejo servidor, continuó el duque, que cuando yo era regente de Normandía, el delfin con todo su poder se presentó á sitiarme, y entónces no me quedé encerrado como un pájaro en una jaula, sino que salí al campo. Como un hombre combatí con mis enemigos, á Dios gracias, y los vencí.

— Señor, insistió Davy tomando las manos de su señor; las fuerzas son hoy muy desiguales.

— Si por temor de un poderoso príncipe no me encerré entónces dentro de las murallas de un castillo, y si no he escondido mi rostro á ningún hombre, ¿quieres que ahora me encarcele yo mismo dentro de las garitas por miedo de una miserable mujer, que no tiene mas armas que la lengua y las uñas?

El criado continuó suplicando; pero el duque encaprichado en su idea, temiendo que le dijese que era un cobarde, salió de su fortaleza, acompañado del conde de Salisbury y de mas de dos mil hombres que pudo reunir, y presentó batalla á la terrible amazona.

Las tropas de la reina se dividieron en tres cuerpos, de manera que inmediatamente que el duque de York se halló en campo raso, las fuerzas contrarias lo rodearon y estrecharon por todas partes. Los partidarios de la rosa blanca hicieron prodigios

de valor; pero en ménos de media hora todos quedaron muertos en el campo.

Clifford, que encontró el cadáver del duque de York, le cortó la cabeza, y poniéndole una corona de papel, la ensartó en una lanza y se dirigió á donde estaba Margarita.

— Señora, le dijo presentándole la cabeza ensangrentada; la guerra está terminada y aquí teneis el rescate de vuestro rey.

Margarita al ver la fisonomía del duque, lívida, manchada de sangre, con la boca entreabierta y los ojos fijos y opacos, se puso pálida, y por un movimiento involuntario llevó la mano á sus ojos.

Clifford le dijo:— Os ruego, señora, que recordéis que esta es la cabeza del hombre que queria dejar á vuestro esposo y á vuestro hijo sin corona.

Margarita volvió á mirar otra vez la cabeza del duque y prorumpió en unas carcajadas de risa nerviosas, en las cuales se revelaba el desahogo de ese funesto placer de la venganza que embriaga á los guerreros y á los gobernantes cuando ganan una batalla y suben al poder.

El conde de Salisbury, que habia sido hecho prisionero, fué mandado decapitar en el acto y su cabeza y la del duque de York fueron encerradas en unas jaulas de fierro y colocadas en las puertas de la ciudad de York. Margarita al comunicar estas órdenes encargó que se dejara suficiente lugar pa-

ra que fueran mas adelante colocadas las cabezas del conde de March y del conde de Warwick.

Este fué uno de los triunfos mas completos y mas sangrientos de la *rosa encarnada*.

El primer cuidado de la reina fué procurar la libertad de Henrique y dirigir un manifiesto á los londinenses en que los exhortaba á la obediencia y á la paz; pero el conde de Warwick que ejercia en la ciudad mucha influencia, reunió un considerable número de tropas y de pueblo y salió á interceptar el paso á Margarita, que se dirigia á marchas dobles sobre la ciudad. Al entrar la reina en la ciudad de San Albans, fué recibida por una nube de flechas que le dirigieron los archeros enemigos, colocados allí para sorprenderla. Retiróse de pronto; pero como venia acompañada con los valientes hombres del Norte, mas fuertes, mas firmes y mas acostumbrados á la guerra que los pacíficos ciudadanos de Lóndres, organizó la batalla y volvió resuelta á castigar á sus enemigos, los que no estando muy decididos á morir, se desbandaron durante la noche dejando al rey Henrique que traian prisionero, solo y abandonado en una tienda de campaña. La reina abrazó á su marido con la mayor ternura y le recomendó á su hijo como uno de los caudillos mas activos y resueltos. Todos se dirigieron á la Abadía de S. Albans á dar gracias á Dios por la série de victorias que se habia dignado conceder á la *rosa encarnada*.

Pero miéntras esto sucedía, el hijo del infortunado duque de York, acompañado de Warwick, se dirigia á Lóndres á la cabeza de cuarenta mil hombres, y los habitantes temiendo los excesos de la soldadesca feroz é insubordinada que seguia á Margarita, se decidió por la causa de la *rosa blanca*, abrió las puertas al conde de March, el cual fué coronado solemnemente con el nombre de Eduardo IV.

Sucedió precisamente en Inglaterra lo que pocos años ántes habia sucedido en Francia, donde habia como dice Lamartine, dos reyes, dos cortes, dos justicias y dos autoridades.

Eduardo de pronto adquirió una fuerza inmensa, porque la balanza se inclinó con el peso de los londinenses; pero la actividad, la energía y el valor de Margarita se desarrollaron con este suceso de una manera prodigiosa é increíble. Acudió á las provincias del Norte, donde tenia un partido inmenso y en muy pocos dias se hallaba con un ejército de sesenta mil hombres mandados por Clifford y Somerset. La reina con su esposo é hijo se quedaron en York.

Con casi iguales fuerzas salió de Lóndres Eduardo IV y el conde de Warwick. En las llanuras de Saxton se encontraron los dos ejércitos y vinieron á las manos con mas furia que nunca el dia domingo de Ramos, de manera, que la festividad religiosa de

las palmas, dice un antiguo cronista, se celebró con lanzas en lugar de palmas. Una tempestad que arrojaba grandes copos de nieve sobre la cara de los archeros del ejército de Margarita, los cegó completamente, de manera que aprovechándose los contrarios de esta circunstancia, los atacaron con ímpetu y furor y en pocas horas desorganizaron completamente el campo, matando y destrozando sin piedad à todos los combatientes.

La rosa blanca de York, quedó triunfante completamente y el nuevo rey disipó la gruesa y negra nube que tronaba sobre su corona.

Margarita así que vió enteramente perdida la batalla, huyó para las fronteras de Escocia y tomó asilo en el castillo de la generosa y noble familia de los Percy. Trató de negociar un matrimonio entre su hijo y una princesa de Escocia; pero habiendo salido fallidas sus esperanzas, se decidió à pasar al continente à implorar el favor y auxilio del monarca francés.

Cárolas VII habia ya muerto y ocupaba el trono Luis XI, monarca enteramente guiado por los cálculos frios de la política. Margarita en vano imploró el apoyo de Luis, y al fin lo único que pudo conseguir fué que le hiciese un préstamo de 20 mil libras con una usura crecida y recibiendo como hipoteca la plaza de Calais. No siendo bastantes à Margarita estos recursos, se dirigió à su padre el rey René; pero como hemos dicho era pobre y ade-

mas se hallaba entonces comprometido en sus disputas con Alonso de Aragon, no pudo darle otra cosa à su hija mas que saludables consejos y la bendicion paternal.

En los primeros años Margarita habia tenido por amante à Pedro de Brezé, Senescal de Normandía, pero Pedro habia sido uno de esos paladines valientes, silenciosos, enamorados divina y celestialmente como entónces se acostumbraba en aquellos tiempos en que formaban un contraste el aparato rudo y marcial de las armaduras de acero, de las sangrientas lanzas y de los altaneros corceles, con la finura esquisita y la poética delicadeza de los sentimientos amorosos del corazon. Pedro era un tipo de estos seres singulares cuya raza se ha perdido con el diluvio de la civilizacion, como se perdieron las fuertes y prodigiosas especies de animales gigantes cuando se abrieron las cataratas del cielo.

Pedro en el momento que supo la desgraciada suerte y los infortunios de aquella tierna beldad, que muchos años ántes habia amado con todo su corazon, reunió mil hombres armados y equipados à su costo, y se presentó tímido y turbado à ofrecer à Margarita en la calidad de voluntario, su brazo, su espada y su vida.

“Señora,” le dijo, “hace algunos años cuando érais todavía libre y podiais dar el tesoro inmenso de vuestro corazon, he llevado sobre mi pecho vues-

tros colores, y he roto en los torneos muchas lanzas en vuestro honor, animado de una esperanza lejana que Dios no quiso que nunca llegará á realizarse. Ahora estais proscrita, desvalida, arrojada de vuestro trono y condenada à la muerte ó al destierro, y ni aliento, ni puedo alentar esperanza alguna, porque seria ultrajar vuestra virtud. Pues bien, señora; os pido permiso para consagrar mi vida y para defender con mi espada vuestra vida y la de vuestro hijo y esposo."

Margarita con las lágrimas en los ojos aceptó los servicios del constante y siempre enamorado caballero Pedro de Brezé y se embarcó para Inglaterra; pero apenas arribaron en la Boca del Tyne, cuando la fortaleza les hizo fuego con los cañones, mientras que considerables fuerzas se disponian á perseguirlos. A esta sazón soplaban en las costas una terrible tempestad. Margarita, Pedro y el príncipe de Gales que se habia reunido con ellos, se vieron perdidos por un momento; pero un pescador les ofreció su barquilla, se arrojaron en ella y se entregaron al furor de las olas que los arrojó en las rocas temibles de Bamborough.

Caminando á pié de noche, disfrazada y oculta de dia, y quedándose sin asilamiento muchas horas, Margarita, Pedro de Brezé y el príncipe de Gales, lograron entrar en la frontera de Escocia, donde hallaron de nuevo soldados y recursos entre la gente del Norte, constante y fiel mientras ma-

yores eran los infortunios y reveses de la intrépida muger que imploraba sus ausilios.

Reunido un ejército y puéstose á su cabeza Percy, marcharon al encuentro de los enemigos; pero en esta vez la fortuna les fué mas contraria que nunca, pues fueron derrotados completamente en Herham. Henrique salvó solo por la bondad y ligereza de su caballo, y Margarita, llena de terror por la suerte de su hijo á quien llevaba en su compañía, se internó en un bosque espeso sin saber ni á donde dirigirse, ni qué ruta habia de buscar.